

La generación de 1915: ¿emblema o realidad?

La primera actitud generacional en México en este siglo XX corresponde al Ateneo de la Juventud, cuyo conglomerado, aparentemente discordante, muestra un interés apasionado, en cierta forma solemnizado, por un nacionalismo cultural. Cada uno de sus miembros, por rumbos diferentes, se armonizan en el retrato de un México celebratorio, más que analizado, donde el cariño y el afecto enturbian la investigación como norma de transparencia científica.

La segunda inscribe a la generación de 1915 o llamada también de los Siete Sabios. Los nombres de sus constituyentes son: Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Jesús Moreno Baca, Teófilo Olea y Leyva, y Alberto Vázquez del Mercado.

A ciencia cierta no se sabe bien quién fue el encargado de bautizarlos como los Siete Sabios, en remembranza de los siete antiguos griegos. Es posible que el tono burlón o de chascarrillo del mote haya nacido de alguno de los compañeros de la misma Escuela Nacional Preparatoria, sin embargo, todos ellos lo aceptaron ufanos y gustosos, tanto que la confirmación se verifica a través de un poema de Antonio Castro Leal, cuando todavía no había adopta-

Esta conferencia fue pronunciada en el Homenaje a Manuel Gómez Morín. Auditorio del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, el 16 de octubre de 1997.



do para sus versificaciones el seudónimo de Miguel Potosí. La composición, una entre cuatro, aparecida en la revista *San-Ev-Ank*, en el número seis del 15 de agosto de 1918 con la aclaración: "Del libro en prensa *Sonetos digestivos, los chismes y otros poemas*, titulada 'autorretrato'", dice en los dos cuartetos iniciales:

Antonio: Soy un lánguido muchachito muy bueno.
Rayo en los 20 abrilés. Tengo muy buen color.
Guardo una alma de lirio. Mi mirar es sereno
lleno de la romántica placidez de la flor.

Me dicen que soy sabio: Somos 7 en la Escuela.
Los 7 nos reunimos para filosofar.
¡Qué amable nuestra plática! ¡Cómo anima y consuela!
A pesar del esfuerzo para tanto pensar.

Caso nació en la ciudad de México en 1896; Castro Leal en San Luis Potosí, en el mismo año; Gómez Morín en Batopilas, Chihuahua, en 1897; Lombardo Toledano en Teziutlán, Puebla, en 1894; Moreno Baca —por otra parte primo de Gómez Morín— en la capital de Chihuahua, Chihuahua, en 1895; Olea y Leyva en Miacatlán, Morelos, en 1895, y Vázquez del Mercado en Chilpancingo, Guerrero, en 1896. El inventario demuestra que, con la excepción de Caso, todos provenían de la provincia y que entre el más viejo, Lombardo Toledano, y el más joven, Gómez Morín, había una diferencia de menos de tres años.

Es indudable que el conocimiento entre ellos se sitúa en la Escuela Nacional Preparatoria. Gómez Morín era amigo de Teófilo Olea y Leyva, y por intermedio de éste conoció a Alberto Vázquez del Mercado y a Antonio Castro Leal, profesores de esa institución. Ellos lo contactaron con Vicente Lombardo Toledano y con Alfonso Caso, quienes cursaban el primer

año de derecho. Aquí vale recordar que la amistad estrecha de Vázquez del Mercado y Castro Leal, que provenía de la niñez, dio como resultado, en 1914, en colaboración con Manuel Toussaint, la antología *Las cien mejores poesías líricas mexicanas, de Manuel Gutiérrez Nájera a nuestros días*, editada por la librería Porrúa Hnos. Así, la unión se fortifica ya de forma esencial en la Escuela de Jurisprudencia, pues todos obtuvieron el título de abogado entre 1918 y 1920.

Las reuniones de sus miembros eran a manera de cenáculo, y los sitios, las bibliotecas de la Escuela de Altos Estudios; la de don Agustín Aragón, quien era tío de Teófilo Olea y Leyva; la de la Preparatoria, la del Museo de Arqueología, la de Jurisprudencia, la Biblioteca Nacional y la privada de la Librería de Porrúa. Allí se encontraban y discutían sobre filosofía, historia, economía, literatura, etcétera.

El 5 de septiembre de 1916 los Siete Sabios fundaron la Sociedad de Conferencias y Conciertos con el objeto de difundir cultura entre los estudiantes de la Universidad Nacional. Los trabajos se iniciaron con conferencias en la sala de actos del Museo Nacional de Arqueología e Historia, y su labor más importante fue la de resucitar la Orquesta Sinfónica a cargo de Julián Carrillo. Se dieron también cursos, conferencias, mesas redondas que propiciaban orientación y estimulaban el progreso intelectual de los participantes.

¿Cuándo y dónde comenzaron a dar a la luz pública sus trabajos intelectuales? El primero en manifestarse escritor fue Antonio Castro Leal, vocación que seguirá fervientemente sin declinaciones hasta su fallecimiento en 1891. La revista *Nosotros* era una publicación, un cruce de caminos que aglutinaba, sin discriminaciones, a los escritores supervivientes del modernismo —Amado Nervo, Rubén M. Campos, María Enriqueta—, a los dispersos del Ateneo

El 5 de septiembre de 1916 los Siete Sabios fundaron la Sociedad de Conferencias y Conciertos.

La revista *Nosotros* aglutinaba a los supervivientes del modernismo, a los dispersos del Ateneo y a los que integrarían generaciones posteriores.

de la Juventud —Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Julio Torri, Enrique González Martínez, Rafael López, Antonio Caso, Carlos González Peña—, a los de *Nosotros* —Francisco González Guerrero, Gregorio López y Fuentes, y Rodrigo Torres Hernández— y a los que iban a integrar generaciones posteriores como ésta de 1915. Dos colaboraciones de Castro Leal se encuentran en *Nosotros*: un comentario sobre *Romancerillo del plata*, de Ciro Bayo (octubre de 1913), y un breve ensayo sobre “Trindade Coelho” (enero de 1914).

Prosiguiendo la enumeración de las revistas clave de esos primeros 30 años del siglo —*Gladios* (1916), *Forma* (1916), *Pegaso* (1917), *San-Ev-Ank* (1918), *Revista Nueva* (1919), *México Moderno* (1920), *Azulejos* (1921), *La Falange* (1922), *La Antorcha* (1924), *Amena* (1924), *Sagitario* (1926), *Ulises* (1927) y *Contemporáneos* (1928)—, hay que decir que cuando empezaban a circular ya estaba afianzado el grupo de los Siete Sabios, y de ellos nos encontramos con algunas novedades. Castro Leal colaborará en *Gladios*, en *Pegaso*, en *San-Ev-Ank*, en *México Moderno*, en *Sagitario*, en *La Antorcha*, en *Contemporáneos*; Gómez Morín en *México Moderno*, en *Sagitario*, y en *La Antorcha*; Lombardo Toledano sólo en *México Moderno*; de los cuatro restantes no se consigna ningún texto en ellas.

Por supuesto la estadística demuestra, asimismo, el sendero vocacional que cada uno de los Siete Sabios asume después de obtener su título de abogado: Alfonso Caso, en arqueología y educación; Antonio Castro Leal insistirá en lo literario, como escritor y crítico, y también en la educación y la diplomacia; Manuel Gómez Morín, en jurisprudencia, política, economía y educación; Vicente Lombardo Toledano, en educación, política, sindicalismo, periodismo y hasta

en cine; Teófilo Olea y Leyva, en política, jurisprudencia y periodismo; Alberto Vázquez del Mercado, en administración pública, política y jurisprudencia. De Jesús Moreno Baca no hallé muchas referencias de su vida y obra, sólo tengo noticia de que murió joven.

Esta pluralidad de actividades no ausenta de ninguna manera la primaria realidad constitutiva de esa generación; si analizamos cualquiera de las agrupaciones precedentes o las posteriores, las encontramos en idéntica situación. A pesar de esas diferencias, todos dejaron dentro de sus especialidades una vasta lista de libros, de reflexivos ensayos que siguen siendo fuentes innegables de consulta para el estudio y las investigaciones de la cultura nacional.

Como es de todos sabido, en 1927 apareció editado por Cultura y dentro de la colección Cuadernos Mexicanos que dirigían Javier Icaza y Manuel Gómez Morín, el conocido y célebre ensayo de este último, titulado *1915*, texto que teoriza y fundamenta, diez años más tarde, a manera de resumen, el significado de ésta, su generación, proclama reeditada con otros ensayos por la Editorial Jus en 1973. En el ensayo *1915*, Gómez Morín no hace mención a los Siete Sabios, ni a los nombres de su generación, aunque utiliza siempre el nosotros a manera de retórica pluralista.

Lejos de mi propósito están los encuentros y los enunciados de *1915*. Prefiero comunicar un documento desconocido de Manuel Gómez Morín —que bien podría ser la prehistoria de ese ensayo de 1927—, escrito y fechado en el mes de “mayo de 1915”. Texto mucho más concreto, más espontáneo y que tiene sobre todo el valor de haberse realizado en los momentos mismos de las primeras experiencias de la agrupación. El artículo tardó diez años en darse a conocer, pues se publicó en *La Antorcha*, el 14 de febrero de 1925, pp. 13-14.



Una generación

Ha llegado a ser común en antologías y en historias literarias, señalar la *Revista Azul* o la *Revista Moderna* y la fundación de la Preparatoria como el principio de una época de la cultura en México y el decir que esa época se prolonga hasta nuestros días.

Hay en efecto de la *Revista Moderna* y de la fundación de la Preparatoria a nosotros, relación de sucesión; pero de ningún modo relación de casualidad.

El Ateneo representa un valor totalmente distinto del grupo de la *Revista Moderna* o de los hombres del grupo Barreda. Don Justo es la llamada de atención anunciando en Ateneo. Su discurso —tan grato al recuerdo— de la inauguración de la Universidad, oscila aún entre dos épocas. Y junto al descubrimiento de la “figura de implorante” —la filosofía— quedan afirmaciones de clara procedencia “laicista”.

El Ateneo —para muchos de sus contemporáneos simple alarde, actitud artificial, exotismo y aun arribismo intelectual— resulta ahora, para algunos, la edad de oro de nuestra época.

Para otros queda reducido a Vasconcelos, el maestro Caso y a Pedro Henríquez Ureña, más Alfonso Reyes —sobrino del Ateneo— y Manuel Toussaint, Antonio Castro Leal y Alberto Vázquez del Mercado —sus primeros hijos no muy agradecidos. Después del Ateneo— dicen éstos— poetitas, burócratas literarios, políticos prematuros, promesas, pintores de pulquería, maestros sin preparación y sin reposo, divulgadores sin crítica de las peores teorías.

El paisaje de la cultura mexicana aparece sin embargo de muy distinta manera a quienes lo han observado de cerca o lo están viviendo. En 1914 y en 1915, México estaba abandonado de sus intelectua-

les, separado del mundo y luchando penosamente por hacer su vida. Una nueva generación que no participó de los goces de la paz porfiriana ni de la luz intelectual de las postrimerías del siglo XIX, antes pensaba con horror en aquella paz y despreciaba el relumbrón retórico y científico de los intelectuales *fin de siècle*, llenaba las aulas mezclando —como lo exigían los tiempos— las inquietudes intelectuales, las políticas y las personales. Nadie sabía entonces si habría Escuela al día siguiente, si su familia en provincia viviría aún o si sería posible encontrar por la noche algo que comer. Los sucesos políticos se amontonaban teniendo a todos en suspenso y haciendo que todos —voluntariamente o no— se afiliaran por lo menos espiritualmente a un partido.

En aquellos días de angustia —por la persona, por la familia, por la escuela, por la ciudad, por el partido, por la República, por el mundo—, en aquellos inolvidables días de angustia nació para México una nueva época de cultura.

Caso y González Martínez en la cátedra y en la enseñanza personal —mucho más eficaz— guiaban entonces de cerca o de lejos a la nueva generación. La librería Porrúa representa para nosotros más que el Ateneo y mucho más que la *Revista Moderna*. Para el Ateneo —Vasconcelos, Caso, Pedro Henríquez Ureña— teníamos amor y veneración. Para la *Revista Moderna*, respeto histórico actualizado a veces porque todavía en 1915 había gentes que llamaban “decadentistas” a Gutiérrez Nájera y Othón.

Caso y González Martínez; para algunos —pocos, porque él estaba desterrado— también Vasconcelos y, a través de ellos, don Justo Sierra. Estos son los parientes intelectuales que debe reconocer en México la nueva generación. Toussaint, Castro Leal y Vázquez del Mercado nos hicieron admirar a Hen-



“...Con un ardor como de lucha política, seguíamos al maestro Caso en aquella prédica contra el positivismo...”

ríquez Ureña como un espíritu cristiano de la vida, sabio, sutil, generoso, exigente en la cátedra, y a Alfonso Reyes, el joven admirable, el Benjamín del Ateneo.

Todos los demás intelectuales mexicanos, los que ahora atacan a la generación nuestra, estaban fuera de México.

Pocos jóvenes los conocieron y ninguno se acordaba de ellos.

Nada nos dieron. Ni una idea ni un ejemplo.

En cambio, con un ardor como de lucha política, seguíamos al maestro Caso en aquella prédica contra el positivismo, en aquel fervoroso combate librado por el espíritu. Y González Martínez con su propia obra y con su enseñanza nos hacía entrar —paralela labor con la de Caso— en un nuevo sentido estético, y también en una nueva valoración de la vida.

En cambio, libres de maestros tontos e impresionantes —peores que los simplemente tontos— todos tratábamos, por inquietud personal, no por deber estudiantil, de hacernos un criterio y un método, aunque no una erudición. Y el torrente de vida que desde entonces ha inundado a México, nos arrastraba, también, haciéndonos hombres, hombres verdaderos, no retóricos.

El dolor ha afinado la sensibilidad de esta generación. La acción ha cambiado su sentido de la vida. La revolución ha hecho sus hombres.

Estos catorce años últimos, tan penosamente vividos, cobran un sentido, están henchidos de un destino. No sólo han estado llenos de acontecimientos; también han tenido un oculto propósito que habrá de manifestarse, entre otras cosas, en la actitud de una nueva generación.

Al pesimismo blanducho del pasado, al misticismo de hace cinco años y al optimismo voluntariamente

ciego del presente, sucederá una tranquila seguridad que no ponga su empeño en el éxito, sino en la acción.

La misión de la generación nueva no consiste en hacerse ilusiones paradisiacas y menos aún en divulgarlas. Tampoco consiste en abominar la acción y retirarse de ella. Consiste en reconocer y predicar los límites de una realización posible y en mantener el enorme caudal de valor necesario para un esfuerzo sin esperanza en un final irreal, consiste en el cumplimiento de la determinación previamente señalada.

Todavía esta generación no hace obra; no hace, por lo menos, obra de definición. Quizá nunca podrá hacerla. Ella misma no encuentra la propia clave.

Sabe que es una cosa nueva; sabe que, aunque usa las mismas formas, su espíritu es diverso —y esto no lo entenderán los viejos que oyendo sus mismas palabras piensan que los estamos repitiendo—; sabe que debe expresar y que debe construir algo, que debe marcar el compás de la época, que forma parte de un todo espiritual cuya vida profunda había de manifestarse en nuevas generaciones artísticas y jurídicas y científicas.

Y padece el dolor inmenso, la angustia desoladora de no definirse todavía, perdiéndose así, a veces, con intentos frustrados, en actitudes censurables, en luchas intestinas.

A esta nueva generación que tiene tanto que decir y tanto que hacer le falta un estilo, le falta una bandera.

Alguien tendrá pronto el acierto de encontrar el estilo, de alzar la bandera y toda la generación entenderá. Entonces será un momento.

Entre tanto, esperamos trabajando. El fracaso repetido —¿quién ignora la enseñanza que recibimos de Vasconcelos?— no es sino un renovado acicate para la acción.



**Somos una generación
y es preciso definirnos.
Apoderémonos de
nuestra época.**

Dejemos que juzguen a esta generación con espíritu y sin estilo todavía, los que ya tienen un estilo pero no tienen qué expresar.

Por lo demás, tenemos una superioridad indiscutible: sabemos que no señalamos nada definitivo, el "para qué" está siempre en nuestro corazón y sin embargo trabajamos como si fuéramos definitivos.

(¿Quién hablará, ante esta posición, del "afeminamiento" de la época?)

Estamos penetrados por un claro sentimiento de la proximidad de una vida mejor. Iniciemos una obra fijando en términos concretos nuestro propósito y ajustándolo a nuestra capacidad real. Librémonos del prestigio inferior de la retórica para acercarnos de verdad a la realidad de los hombres y a nuestra propia realidad.

Somos una generación y es preciso definirnos. Apoderémonos de nuestra época.

La cuestión para clasificar el concepto de generaciones ha sido preocupación de filósofos y literatos. En nuestro siglo, para José Ortega y Gasset la idea de generación no se circunscribe a factores solitarios o mezquinos. Sus miembros deben identificarse obligatoriamente con su circunstancia, en definitiva con la propia filosofía orteguiana de la *razón vital*. Para el español esta relación debe mantenerse en la unidad, en la autonomía ligada a la historicidad cronológica. De allí que toda generación vive y se desarrolla en un universo que acredita una misma *forma*, asimismo en la aceptación de reglas y normas de actualidades y vigencias que no desdeñan posiciones y alternativas individuales. Para Ortega y Gasset se trata, además, de un espacio de datos, de fechas que involucran una periodicidad de 15 años, mismos que se dan en cuatro etapas o tiempos: formación o creación, conservación, análisis crítico y destrucción.

En un idéntico sentido correlativo se visualizan con claridad dos cursos o actitudes: la primera de crear y transformar y de lucha con la generación vigente; la segunda plantear una nueva práctica del poder.

Julius Petersen en un sentido más conciso distingue ocho factores para una clasificación generacional: sucesión hereditaria, fecha de nacimiento, educación, un concepto comunitario, experiencias de grupo, ideal y utopía del individuo, el lenguaje y finalmente la pasividad y el congelamiento de la generación inmediatamente anterior.

En síntesis y apoyado tanto en Ortega y Gasset como en Petersen la generación de 1915 no siempre se afirma en los postulados, en los requerimientos exigidos por ambos teóricos. Más aún, después de los fervores iniciales como estudiantes cada uno de la llamada generación de 1915 surcará por rumbos distintos y hasta contrarios. Tal el caso extremo de un Manuel Gómez Morín cada vez más apegado a un ferviente catolicismo con el de Vicente Lombardo Toledano postulante empecinado del marxismo.

Salvador Novo, quizás como portavoz de la generación de Contemporáneos, en una apreciación entre irónica y algo de verdad, dijo:

Ya no se desmoronaba el porfirismo, sino que surgía otra cosa nueva. Se hablaba ya, en la Preparatoria, de los Siete Sabios. Estos Siete Sabios, cuya composición, cuya integración, ha seguido siendo una pequeña charada en la que todavía suelen divertirse los eruditos. No se sabe a punto fijo quiénes eran los "Siete Sabios", pero eran Siete.



